

LA IMAGEN DE ESPAÑA EN EL ÚLTIMO GALDÓS

José Luis Mora

1. PRESENTACIÓN

Cuando se cumple el 150 aniversario del nacimiento del universal escritor canario apetece hablar de cualquiera de los muchos temas presentes en sus páginas. Sin embargo, todos los detalles, aspectos, análisis o juicios que nacen de su pluma se elevan a dos niveles de generalización: el primero es el tema de España; el segundo, la vida humana misma. Así lo supo ver María Zambrano, en su doble lectura de «Misericordia», quien metamorfosea la novela galdosiana hasta convertirla en un denso texto filosófico tan dentro del realismo español como dotado de dimensión universal.

Mas el discurrir diario, los espacios y tiempos concretos, y ese superior nivel de reflexión entre la «realidad de la vida» y la «verdad de la vida» encuentran su equilibrio como profunda meditación sobre la realidad de España, tema que da razón de ser a toda su obra y ha sido punto de referencia ineludible para las generaciones posteriores, lo hayan o no reconocido. Parece, pues, oportuno recordar, en este nuevo final de siglo, su memoria testamentaria para comprobar su vigencia.

2. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

La primera de ellas debería consistir en precisar alguna fecha que nos permita hablar de un último Galdós. La segunda habría de tener en cuenta los géneros empleados por él ya que, hacia el final de su vida, son múltiples. Cada uno sitúa el puesto del narrador de diferente manera y eso provoca dificultad y complementariedad de perspectivas hacia la visión total. Finalmente, deberíamos hacer una consideración, por mínima que fuese, sobre el espíritu del tiempo y su peso en el pensamiento galdosiano. Tendré en cuenta la primera y esta última, exclusivamente.

En cierta forma, su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua pronunciado en 1897, al que respondió Menéndez Pelayo, muestra ya, suficientemente, la distancia que había tomado desde sus primeras Ob-

servaciones sobre la novela contemporánea en España de 1870. Es el tramo que va desde la fe en la clase media como protagonista de la historia, sobre la cual debería haberse articulado el proyecto de la España liberal, hasta la aparición de una, en palabras de Galdós, «muchedumbre consternada, que inventa mil artificios para ocultarse su propia tristeza»¹. Mas, de ese año son, por ejemplo, *Misericordia* y *El Abuelo* que, si describen esa descomposición, no conducen a la desesperanza ni marcan una posición tan radical como después se producirá.

Más explícitamente ese nuevo talante está ya claro en *Electra* (1901) que, como es sabido, constituyó un hito en la vida de Galdós y simbolizó la lucha por la libertad frente a los intentos de controlar la conciencia. Asimismo, el artículo *La España de hoy*, publicado ese mismo año en *Heraldo de Madrid*, nos presenta, a un Galdós de palabra más dura.

Podría, quizá, invocarse el inicio de la quinta e inacabada serie de Episodios en 1907 donde Galdós hace la historia de la España revolucionaria y restauracionista, es decir, la España que ha vivido y que concluye con el Episodio Cánovas cuyo final puede ser considerado como su testamento. Dos novelas: *El caballero encantado* (1909) y *La razón de la sinrazón* (1915) más su abundante producción teatral con títulos tan significativos como *Celia en los infiernos* (1913), *Sor Simona* (1915) o *Santa Juana de Castilla* (1918), han sido vistos por los críticos con esa misma valoración de testamento social y moral de quien ya ciego recuerda la España que vio por última vez.

Como es igualmente sabido, Galdós militó en el bloque republicano-socialista y, al margen de las distintas valoraciones que puedan hacerse sobre cómo entendía el socialismo, lo cierto es que para un hombre formado en la España de los sesenta el camino andado era largo.

Sin tratar, pues, de buscar una sola fecha o una sola obra, creo que los títulos citados además de esta militancia política forman esa última etapa que concluye la vida y obra del hombre y escritor Benito Pérez Galdós.

Sobre el espíritu del tiempo me limitaré a recordar unas palabras de Urbano González Serrano quien, a la altura de 1883, decía en *La Sociología Científica* lo siguiente:

«Si es verdad que muere y desaparece definitivamente, al menos en la esfera de la ciencia, el dogmatismo intelectual, el pensamiento hecho y la idea cortada con patrón fijo; si es cierto que el imperio de las escuelas se derrumba, que nada dice el `mote del sistema`; si parece indudable que ningún `ismo` (idealismo, positivismo, materialismo, etc.) caracteriza al pensamiento, pues las doctrinas más antitéticas coinciden a veces en los puntos fundamentales que dieran margen a su oposición, hemos de apresurarnos a recoger, en síntesis, más o menos comprensivas, las verdades parciales que en las distintas direcciones del pensamiento se señalan, sin asustarnos ante nombres o calificativos, ni preocuparnos de clasificacio-

¹ B.P.G., *La sociedad presente como materia novelable*, L. Bonet (ed.), «Ensayos de crítica literaria», Barcelona, Península, 1972, pág. 178.

nes nominalistas, que nada dicen de la virtualidad interna del pensamiento, y que implican, las más de las veces, insidiosas acusaciones, ante las cuales basta poner la cota de malla del amor desinteresado a la verdad»².

Traspuesto del plano científico al ámbito de las ideas creo que Galdós hubiera firmado estas palabras, incluido el diagnóstico que encierran y las consecuencias que de ellas derivan, principalmente para la acción política práctica en la línea de una mayor radicalidad contra los dogmatismos.

Este espíritu del tiempo hizo evolucionar a Galdós desde el realismo utópico -expresado en su admiración juvenil por Prim- hasta la utopía realista de su vejez que se expresa en las palabras con que terminaba el texto que fue leído en la constitución del bloque republicano-socialista y que son del que sigue llamando «primer estadista español del siglo XIX, del glorioso, del inmortal Prim: `¡Radicales, a defenderse!`»³. Dicho de otra forma: su actitud va del temprano optimismo pesimista a la altura de 1869 hasta el recóndito pesimismo sobre el que se basa el optimismo que rezuma su manifiesto al pueblo español del 5 de octubre de 1909. Ese protagonista de la última serie de Episodios yendo de un lado al otro de las trincheras enfrentadas, no realiza otro papel que el filósofo o científico que va de un ismo a otro buscando recomponer la unidad perdida. El enemigo de ambos: el dogmatismo. La reacción de Galdós durante estos años: radical.

3. ESPAÑA EN LA POSTERIOR VISIÓN DE GALDÓS

Su punto de partida podría resumirse de la siguiente manera: Pérez Galdós concibe a España como unidad en el sentido manifestado por Span cuando señala que «la nación es una modalidad espiritual, una manera determinada de sentir y de pensar, de recibir y de plasmar...»⁴. Esta unidad debe asentarse en un patriotismo que aune ciencia, moral y libertad y ser regida por líderes nuevos que salgan de las entrañas de la sociedad (entrañas curtidas a lo largo de la historia y a lo mejor de ellas apela). Este patriotismo, no obstante, no debe confundirse con otros de carácter teocrático que conducen a una unidad clerical que Galdós rechaza con especial virulencia durante estos últimos años. Tampoco debe confundirse con formas de unidad basadas sólo en el Estado sobre cuya virtualidad Galdós es radicalmente pesimista al identificarlo con la clase

² U. GONZÁLEZ SERRANO, *La Sociología Científica*, «Revista de España», nº 369, XCIII, pág. 26.

³ B.P.G., *Mensaje de don Benito Pérez Galdós que se leyó en el mitin de la constitución del «bloque»*, A. Capdevila (ed.), «El pensamiento vivo de Galdós», Buenos Aires, Losada, 1943, pág. 238.

⁴ SPANN, cit. por GUMBEL, *Poesía y pueblo en Ermantiger*, «Filosofía de la ciencia literaria». Tr. C. Silva, Madrid, F.C.E., 1984, pág. 54.

«profesional» gobernante de la Restauración. De ella piensa que poco puede esperarse por corrupta e inútil, favorecedora del paternalismo del Presupuesto, «¡la ubre del Presupuesto!» de la que todos terminan queriendo vivir.

Esa unidad deberá ser una República (el título de La Primera República fue clarividente como ha mostrado José María Jover por cuanto significaba la esperanza de una segunda que, ciertamente, llegó aunque no haya sido la forma definitiva de gobierno como él hubiera deseado). Menos claro es que hubiera de ser federal, «¡la Federal!», no porque no lo deseara en los últimos años de su vida, sino porque la visión que tenía tanto del carlismo como del movimiento cantonal le hacía ser pesimista a este respecto pues desconfiaba que las regiones fueran capaces de guardarse fidelidad. La agitada vida sentimental del protagonista Tito no es sino una visión alegórica de la falta de fidelidad a escala social.

Pero, si se trata de una unidad por rehacer, esta habrá de recomponerse principalmente sobre el propio pueblo, «pueblo español», «sociedad española», «España», como le gusta decir, pues sólo ahí puede encontrarse el verdadero patriotismo al que denomina «ese sentimiento soberano (que) encontramos a todas horas en el corazón del pueblo, donde para bien nuestro existe y existirá siempre en toda su pujanza»; habrá de concretarse en «el restablecimiento de la Fe nacional, el Amor patrio y la Conciencia pública para que sean nuevamente bandera de los seres viriles frente a los anémicos y encanijados»⁵.

De esta manera, si esta Vieja-Nueva España⁶ asume su protagonismo, renacerá de nuevo:

«Que la Nación hable, que la Nación actúe, que la Nación se levante, en el sentido de vigorosa erección de su autoridad; que no pida al Gobierno lo que éste, enredado en la maraña de sus desaciertos, no puede dar ya: verdad en las informaciones de la guerra; orden, serenidad y juicio de sus acuerdos» (...) ¡Ay de España si no tuviera entre sus hijos cabezas y manos que sepan poner fin a males tan fieros!»⁷.

Hallamos, pues, en el Galdós de la última época una distinción muy nítida entre la clase dirigente y el pueblo español, entre quienes produjeron la crisis y los que la sufrieron; entre los que han producido la razón de la sinrazón haciendo de esta la normalidad y quienes conservan energías en sus entrañas para crear una nueva forma de racionalidad respetuosa con la naturaleza y con la historia para que se disuelva la paradoja de tener que considerar como normal el caos en vez del orden (final de *La razón de la sinrazón*).

⁵ B.P.G., *Carta a «El Liberal»* en A. CAPDEVILA, o.c., pág. 223.

⁶ Recuérdese el *Prólogo a José María Salaverría* puesto al libro *Vieja España* en W.H. SHOEMAKER, «Los prólogos de Galdós», The University of Illinois Press. Ed. Andrea, México, 1962, págs. 79-98.

⁷ B.P.G., *Al pueblo español* en A. CAPDEVILA, o.c., pág. 231.

Mas, ¿cuáles son las referencias de Galdós y cuáles las razones de su diagnóstico hasta llegar a ese pesimismo radical, base de su esperanza radicalizada?

Respecto de lo primero es claro que Galdós tiene como referente la experiencia de la Revolución del 68 que se convirtió en una realidad psicosocial, sucesivamente reelaborada, como fenomenalmente ha estudiado José María Jover⁸. Creo que Galdós habría ido, efectivamente, participando, de esas reelaboraciones: desde la visión negativa de los años setenta hecha por hombres como Castelar, Manuel de la Revilla o el mismo Menéndez Pelayo, pasando por los frutos tardíos del Sexenio en los ochenta (simbolizados en el espontaneísmo ético de *Fortunata*) hasta el tratamiento dado en las dos décadas siguientes. Así, los años 90 son los de las historias generales que conforman, según Jover, tres orientaciones: un tratamiento por separado de los componentes del Sexenio, una visión negativa en el sentido de los años 70 y el mantenimiento de la utopía republicana. Sería la década de incubación, nuevamente, de la utopía que debilita las fronteras entre sueño y realidad. *Misericordia* y *El abuelo*, o la duda resuelta a favor de la realidad del amor frente a la aparente realidad legal que las palabras de Benigna expresan: «para que haya justicia soñaremos todo lo que haga falta», simbolizan esta posición en el umbral de la realidad y la utopía.

Esta utopía se recupera más decididamente en la primera década del siglo en el marco de la mitología liberal-republicana a la que Galdós pertenece, no sólo para polemizar acerca de la ocasión perdida sino para integrar la común experiencia en un proyecto de futuro que, en palabras de Jover, opta por «la garantía moral de un `no compromiso` en el Desastre; también por la ilusión mesiánica puesta en una clase trabajadora en la que se veía la fuerza del futuro, la fuerza de la historia». Estos reflejos condujeron a Galdós a la militancia política ya recordada, a su adhesión visceral a la República como utopía frente a la Restauración; favorecieron su disposición generosa e irónica en su tratamiento del pasado «que no silencia dislates pero deja a salvo el decoro de sus amigos y adversarios», y es sólo implacable con la estupidez. Sitúa su discurso en un plano ético como reflejan *El caballero encantado*, el final de *Cánovas* y sus obras de teatro, todas con un mensaje similar de justicia y concordia.

En cuanto al diagnóstico, son, como se sabe, innumerables los textos en que Benito Pérez Galdós se refiere a la situación de España. Podría resumirse su juicio en una palabra: confusión. Presenta repetidamente cómo el problema radical es el dualismo subyacente en la sociedad española, propiciado por una historia incapaz de clarificar el régimen político ni las relaciones entre las clases sociales. Vendría así a sostener Galdós, implícitamente, lo que otros han dicho después: que nuestra historia reciente ha venido condicionada por la ausencia de una auténti-

⁸ J. M. JOVER, *Realidad y Mito de la Primera República*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

ca revolución burguesa. Eso ha provocado que la sociedad no sepa a qué atenerse pues nada es nada de lo que parece, o, por mejor decir, todo es apariencia.

Este juicio le condujo durante la última quincena del XIX —período de referencia inmediatamente anterior al que consideramos último Galdós—, a situarse en una posición bastante conservadora en algunas cuestiones: así, en la llamada «cuestión social», como respecto de los regionalismos o nacionalismos⁹ y en el propio modelo de Estado (en línea aún con lo manifestado por Jover durante los años 70). Dejando aparte ahora el interesante artículo de 1885¹⁰ donde se refiere a la mengua del sentimiento religioso en España al que llama «fuerza poderosa», «nervio de nuestra historia», «energía fundamental de nuestra raza en los tiempos felices» que habría impedido cualquier otro tipo de desarrollo científico y estaría en la base de la quiebra de los tiempos presentes (hay textos cuyo eco podemos encontrarlo después en el libro de Picavea *El problema nacional*) y acercándonos un poco más hacia el final, habla ya en 1890 de los pueblos del Mediodía como inventores de la moral doble, que distinguen artificiosamente la pública de la privada «para de este modo -continúa- tener abierto el camino para pecar contra la una y otra, y satisfacer en todos los órdenes nuestros deseos y apetitos»:

«Los ingleses, por las trazas, parecen inclinados a que no haya más que una moral, cuyos cánones inflexibles deben aplicarse a todos los actos de la vida así públicos como privados. ¿Quién está en lo cierto, ellos o nosotros? Lo decidirá el tiempo. En el engrandecimiento o en la decadencia de las naciones, dígame lo que se quiera, hay que apartar los ojos de lo externo y buscar el principio que informe la realidad histórica. Este principio aparece al liquidar los hechos y al buscar la síntesis de ellos. Mientras se pone en claro quién tiene razón los pueblos del Norte nos abruman con su grandeza, con su poder, a veces absorbente y avasallador, con su prosperidad en el orden material, y nos entretienen en atribuir todo esto a causas secundarias, olvidando las primarias y esenciales»¹¹.

De aquí, en cambio, dice que

«las cosas políticas no andan bien, y peor, mucho peor andan las económicas» (...) «Síntoma característico de los tiempos es el escepticismo, la

⁹ Sobre este tema tenemos dos referencias, una de 1884 sobre la cultura vasca y otra de 1888, titulada *El principio de unidad a propósito de la Exposición universal de Barcelona*.

B.P.G. en SHOEMAKER, W., *Las cartas desconocidas de Galdós a «La Prensa» de Buenos Aires*, Madrid, Cultura Hispánica, 1973, pág. 109.

Sobre Pi y Margall escribe un largo artículo en 1885 donde, si bien mantiene de él un alto concepto moral como hombre de principios, no duda en considerarle «el verdadero padre de la desdichada idea federal». *Ib.* pág. 184. B.P.G. *El principio de la unidad* en «Obras Inéditas» ed. A. Ghirardo, v. IV, t. II, «Política Española», Madrid, Renacimiento, 1923, págs. 35 ss.

¹⁰ Me refiero a la carta enviada a «La Prensa» de Buenos Aires de ese año 1885. SHOEMAKER, O.C., págs. 145-153.

¹¹ *Ib.* pág. 439.

falta de fe en las ideas políticas, cual si se hubieran probado todas, y después de la prueba se hubiera visto que todas eran malas. Los hombres inspiran menos fe y convicción que las ideas. Y es que las ficciones doctrinarias en que se funda todo el organismo político y legal de las naciones están gastadas, como piezas de una máquina que ha servido mucho, y sufrido innumerables reparaciones y composturas»¹².

Hacia 1901, como indicaba, ya se han producido modificaciones importantes en la opinión que Benito Pérez Galdós tenía sobre buena parte de estas cuestiones pero, principalmente, sus juicios sobre el estado de la Nación son cada vez más radicales. Sus ácidas críticas se dirigen contra la propia forma de hacer política con la artificial rotación de los partidos; contra el caciquismo y la corrupción así como contra el clericalismo, el dogmatismo y ultramontanismo que entran, de nuevo, en escena de manera virulenta. Modifica, por otra parte, su posición en cuestiones sociales que le llevarán a ingresar en la coalición republicano socialista, como antes dijimos. Pierde fe en la monarquía, adopta la República de la manera ya señalada con anterioridad, y creo que llega a admitir el federalismo de una manera teórica aunque se muestre escéptico respecto de su viabilidad. Precisamente de este año es *La España de hoy* que comienza con las siguientes palabras:

«Bien puedo asegurar que la situación presente, de las más críticas en la trágica historia de mi país, ofrece un nudo muy difícil de desatar. Los que no dudan que será forzoso cortarlo, discurren sobre si ello debe hacerse violentamente, con cuchillo, o cuidadosa y suavemente, con tijeras. Esto sería lo mejor; pero nadie puede prever en qué ambiente y con qué manos ha de efectuarse tan delicada operación»¹³.

Tras hablar de la distancia que hay entre las leyes y la realidad, dedica las otras tres partes del artículo a hablar de la debilidad del liberalismo y la fuerza del clericalismo o ultramontanismo que liga a los periodos de absolutismo y a la presencia del carlismo que no se ha sabido destruir:

«Las debilidades del liberalismo, motivadas en un excesivo temor a la autoridad romana, las estamos pagando ahora, y henos en pleno siglo XX con el mal en aterrador aumento, la muchedumbre eclesiástica cada día más dominadora y absorbente, el carlismo amenazado con nuevas tentativas. ¡Triste situación la de España por no decidirse a poner mano varonil en este conflicto, afrontando las amenazas del absolutismo con el firme propósito de tenerlo a raya, que medios le sobran para ello, y de enterrar ese espantable muerto en forma tal que se a su resurrección imposible!»¹⁴.

¹² *Ib.* pág. 466.

¹³ B.P.G., *La España de hoy* en «Ensayos de crítica literaria». Ed. Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1990, pág. 225.

¹⁴ *Ib.* pág. 229.

Habla a continuación en términos muy duros de la educación de los jesuitas de quienes dice que son «hombres de tenaz ambición, maestros en el arte de introducirse y arraigarse, que han sabido implantar dentro del Estado un Estadillo escolar con todos los organismos docentes, desde la enseñanzas elementales, hasta las universitarias, y en ellas reparten el pan de la Ciencia, que, según dicen los que lo han catado, y son muchos, ¡ay!, no es sabroso ni nutritivo» y que tienen un enorme poder de influir en las conciencias sobre todo las femeninas.

«Lo grave de esta dolencia social —concluye— es que ha cogido el cuerpo político debilitado por el caciquismo. España carece hoy casi por completo de fuerza fisiológica que la preserve contra las invasiones que atacan su epidermis, y luego su tejido, sus entrañas, su organismo todo» (...) «Y siendo tan débil la oligarquía reinante, lo más seguro es que se la tragará el clericalismo, recogiendo de su víctima la soberanía, para transmitirla al Papa, que vendrá pronto a ser, si Dios no lo remedia, nuestro indiscutible soberano temporal. No es esto un sueño, sino realidad al alcance de los observadores menos atentos. Veremos, pues, redivivos en nuestro suelo los Estados Pontificios, por cuyo restablecimiento suspiran algunos católicos con más fervor religioso que patriotismo».

Ahora bien, «en este inmenso pleito entre una nación y el jesuitismo insaciable, no se pone en tela de juicio ningún principio religioso de los que son base de nuestras creencias; lo que se litiga es el dominio social y el régimen de los pueblos.

Desembarazada España de la 'turba-multa' de frailes y jesuitas, quedaría bajo su tradicional constitución religiosa, gobernada espiritualmente por sus obispos y su clero secular que, actuando solo y libre, sin la diabólica inspiración del jesuitismo, reinaría pacíficamente, respetuoso y respetado.

Por esto, el buen arte político aconseja que no se complique el problema confundiendo en un solo anatema a las dos familias sacerdotales; y si en otro tiempo dijo alguien 'no toquéis a la Marina, ahora todos debemos decir a los gobernantes: 'no toquéis al clero secular'. (...) «No perdamos la esperanza de que así sea, porque en las naciones se corrige la anemia más fácil y prontamente que en los individuos: se cura con una fiebre que España padece ahora en altísimo grado, y en el ansia de vivir».

Este artículo, junto con el último enviado a «La Prensa» donde elogia la figura de Costa, explica muchas de las cosas del porqué de planteamientos de las novelas *Misericordia*, *Cassandra* o *El caballero encantado* donde si la religión debe seguir siendo aquellas cosas que decía en 1885, ahora deberá serlo exclusivamente como moral, como sentimiento de Humanidad, que aparece en la conciencia pero sin la presencia de la institución. Por otra parte, se muestra ahí también ese deseo de mirar al futuro, de hacer prospectiva más que de recrearse nostálgicamente en el pasado sino es para rebuscar en la historia acontecimientos, gestas y energías que justifiquen, incluso más allá de toda razón teórica pero más acá de toda

razón histórica que incluye el sentimiento, las ansias de vivir, como dice al final del artículo. En última instancia, las naciones asientan su historia sobre el ansia de vivir y los esfuerzos que hacen se plasman en gestas que prueban esa capacidad colectiva de superar las dificultades.

Es el diagnóstico que sugiere ya la terapia y que desarrolla más extensamente en la incompleta última serie de Episodios, escrita entre 1908 y 1912. Al narrar su presente está haciendo una valoración del fracaso del liberalismo español del XIX, incapaz de superar la confusión de ideas y realizaciones, como ya decíamos anteriormente. Una vez perdido el miedo a los movimientos obreros, cierra su testamento con una propuesta de esperanza en el futuro de España que pasaría por tres parámetros: la asunción de la historia, la recuperación de la sociedad -¿el pueblo?- y del sentido ético.

En *Amadeo I* encontramos juicios sobre el estado de España a la altura de los comienzos de 1871 —que en la mente de Galdós no difiere mucho del momento en que escribe— cuando Amadeo I llega a Madrid procedente de Cartagena. «Manicomio», ¡Cómo está la sociedad!, ¿Cuándo se vio pisto igual? —exclama el protagonista— ¿Es que Dios y Luzbel han llegado a un arreglo? Civilización de España, ¿quién te entiende? ¿Somos un país europeo, o aquel 'País de las monas', descrito por un inglés, de cuyo nombre no me acuerdo?»; «¡Que un país, donde hay un sinfín de hombres que discurren con juicio y sienten en sí mismos y en conjunto el malestar hondo de la Patria; que una nación europea y cristiana esté en manos de esta cuadrilla de politicajos por oficio y rutinas abogaciles, hombres de menguada ambición, mil veces más dañinos que los ambiciosos de alto vuelo!...»¹⁵, son las expresiones que surgen del análisis que hace de alfonsinos y federales y no digamos de los carlistas... cuyo credo ofrece en un discurso esperpéntico que pronuncia el protagonista para salvar su vida.

Más interesantes, sin embargo, para saber qué pensaba Galdós sobre la República y el federalismo son *La Primera República* y *De Cartago a Sagunto*, ambos escritos en 1911.

Así, refiriéndose a Pi y Margall, señala que

«si usted, mi señor don Francisco y sus compañeros hubieran volcado con un audaz gesto revolucionario la Asamblea llamada Nacional, quitando de en medio a puntapiés a toda esa caterva de ambiciosos egoístas, tendrán despejado el terreno para fundar desahogadamente el régimen nuevo. No se pasa de aquello a esto sin cerrar con cien llaves el arca de los escrúpulos, aplicando calmantes heroicos a las conciencias demasiado irritables»¹⁶.

Por esto llega a exclamar la Historia: «Pasarán días, años, lustros, antes de que junten y amalgamen estas dos ideas: Paz y República». Y lo

¹⁵ B.P.G., *Amadeo I*, O.C., V, Madrid, Aguilar, 1986 (2ª ed.), passim.

¹⁶ B.P.G., *La Primera República*, O.C., V, Madrid, Aguilar, 1986, pág. 355.

mismo respecto del Federalismo: «La idea federal es hermosa —dice la Historia—; es mi mayor encanto, la ilusión de mi vida en esta y en todas las tierras que visito. Pero dudo, ¡ay! que pueda implantarla de una manera positiva y duradera un pueblo que ayer, como quien dice, ha roto el cascarón del absolutismo.»

Y responde el protagonista Tito Liviano:

«El federalismo nos vino aquí de aluvión, salió del cerebro de un hombre de extraordinario talento (se refiere a Pi). A todos cautivó este ideal por su grandeza, sin que llegáramos a penetrar las condiciones externas y materiales que son precisas para llevarlo a la práctica. Es como un bien caído del cielo; lo admiramos y celebramos sin saber qué tenemos que hacer para disfrutarlo»¹⁷.

Y completa la Historia:

«¿Piensas tú que puede establecer sólidamente este bello régimen un país que hasta hace cuatro días no ha conocido la libertad, una raza que, aun siendo heterogénea, ha vivido amamantada con la leche de la unidad, y aún se adormece en el regazo de la nodriza? Considera lo que pesan sobre tu país el Catolicismo y eso que llamáis el Papado, las viejas rutinas monárquicas y los enormes intereses inseparables de estas abrumadoras máquinas sociales. Tú, que no puedes traspasar los límites fisiológicos de la existencia humana, no verás realizado el ideal federalista en toda su pureza; yo que soy vieja y eterna espero ver algún día...»¹⁸.

El Episodio concluye descubriendo la intención de Galdós al escribirlo:

«De tales enseñanzas podía resultar que acelerasen el paso las generaciones destinadas a llevarnos a la plenitud de los tiempos»¹⁹.

De Cartago a Sagunto historia 1874 y narra los hechos que constituyeron el final de la República donde Figueras queda como cobarde, Pi como «filósofo sin realidad», Salmerón, brillante y vibrante, «el gran metafísico» (lo que es difícil de saber si es un elogio) y Castelar acaba con semblante estoico sentado en su escaño del banco azul. Esa imagen resume plásticamente lo que sucede cuando el presente se construye sin superar el pasado, más aún si este pasado ha sido absolutista. Por eso la Historia sentencia: «Di a tus amigos republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de...»²⁰. Y el protagonista apostilla:

«El grave mal de nuestra Patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y sosainas. Nos peleamos por un ideal, y vencedores

¹⁷ *Ib.*, pág. 427.

¹⁸ *Ib.*, pág. 428.

¹⁹ *Ib.*, pág. 437.

²⁰ B.P.G., *De Cartago a Sagunto*, O.C., V, Madrid, Aguilar, 1986, pág. 473.

y vencidos nos curamos las heridas del amor propio con emplasto de arreglitos y anodinas recetas para concertar nuevas amistades y seguir viviendo en octaviana mansedumbre. En aquel día tonto, el Parlamento y el Pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el Ejército suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la Patria dormida» (...) «Republicanos condenados hoy a larguísima noche: cuando veáis amanecer vuestro día sed astutos y trágicos»²¹.

Al hilo de lo que señalaba en su artículo de 1901 ya citado, este es el juicio que le merecen al protagonista las guerras carlistas:

«Ved aquí lo que pensaba y pienso: liberales y carlistas se desgarraron cruel y despiadadamente por dos ideales que luego han venido a ser uno solo. ¿Cabe mayor imbecilidad de una parte y otra? Los liberales derramaban a torrentes su sangre y la sangre enemiga sin sospechar que entronizaban lo mismo que querían combatir. Los carlistas se dejaban matar estoicamente ignorando que sus ideas, derrotadas en aquella memorable fecha, reverdecerían luego con más fuerza de la que ellos, aun victoriosos, les hubieran dado» (...) «Sí, sí, porque la Restauración primero, la Regencia después, se dieron prisa a importar el jesuitismo y a fomentarlo hasta que se hiciera dueño de la heroica Villa. Con él vino la irrupción frailuna y monjil, reinó el Papa, y las leyes teñidas de barniz democrático, fueron y son una farsa irrisoria.

Los desdichados carlistas, que entonces lloraron su retirada, vinieron luego a instalarse sin rebozo en la ciudad opulenta, y a dar en ella carta de naturaleza a las ideas sombrías que no pudieron imponer con las armas»²².

Cánovas es el primer juicio a la Restauración al que habrían seguido los restantes si la serie hubiera podido completarse. No obstante ahí encontramos elementos suficientes para saber lo que Galdós pensaba de 'maese' Cánovas, repartidor de formulillas afectuosas y equívocas, dulces ofertas que a nada comprometen, de quien recuerda un personaje: «Ya sabe lo que dice don Antonio: que viene a continuar la Historia de España...»; del «famiión político triunfante», «en el cual todo es nuevo, desde el Rey, cabeza del Estado, hasta las extremidades o tentáculos en que figuran los últimos ministriles; es un hermoso y lucido animal, que devora cuanto puede y da de comer a lo que llamamos pueblo, nación o materia gobernable»; los supra e infrahispanos, términos que había ya empleado en algunos artículos de principios de siglo; sobre el Parlamento formado por el «montón grande la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas o de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco» (...) «espléndida mentira de la Soberanía Nacional». Vuelve sobre las guerras civiles carlistas: «es tan vivo mi odio a ese medio siglo de lucha fratricida» (...) «tanto me amarga esa guerra, que me incomodan

²¹ *Ib.*

²² *Ib.* pág. 509.

hasta las victorias, me carga el heroísmo y me revientan los laureles»; sobre el borbonismo, «aquí y allá, en la guerra y en la paz, es siempre el mismo, un poder arbitrario que acopla el Trono y el Altar para oprimir a este pueblo infeliz y mantenerlo en la pobreza y en la ignorancia. El problema religioso lo enjuicia parafraseando el art. 11 de la Constitución de 1876: «Todo ciudadano será molestado continuamente por sus opiniones religiosas y por el ejercicio de su respectivo culto, conforme al menosprecio debido a la moral universal»²³; «como nosotros no podremos impedir que España se convierta en un gran monasterio, nuestro papel es ver y esperar. Si llega el caso de que no haya más remedio que ser yo monja y tú fraile, no te apures, Tito, que ya encontraremos conventos donde convivan ambos sexos.

Hay referencias interesantes a la razón de Estado: «Oh la razón de Estado! Esta pícara norma de vivir de los reyes, no siempre compatible con los sentimientos humanos...»(...) «La razón de Estado, sorda y ciega ante los casos idílicos tocantes al augusto fuero de la pasión humana, continuaba elaborando tranquilamente la vida externa de España...». Y, alusiones al positivismo al que califica de glacial y cuyos progresos —dice— en nuestra sociedad conocíanse no sólo en las caras sonrosadas y alegres de los que se procuraban enormes sueldos para dulcificar la vida, sino en las incorporaciones de diversos grupos al Partido Constitucional, de que resultó el inmenso conglomerado llamado `fusionismo`.»

El Episodio finaliza con una tremenda reflexión, tantas veces citada, de la Historia-Galdós sobre el porvenir de España,

«Alarmante es la palabra Revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no vengáis a la muerte, no os ocupéis de `Mariclío`... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro..., me duermo...»²⁴.

CONCLUSIÓN

Pero, en realidad, ¿en qué se traduce esa «Revolución» para Benito Pérez Galdós? Podríamos sintetizarlo así: República como modelo de Estado; liberalismo católico como forma religiosa (es interesante a este respecto la Santa Juana de Castilla erasmista que pinta en la que fue su última obra de teatro representada y el papel de mediador asignado a

²³ B.P.G., *Cánovas*, O.C., V, Madrid, Aguilar, 1986, pág. 583.

²⁴ *Ib.* pág. 634.

S. Francisco de Borja); educación laica según el modelo gineriano que se simboliza en el personaje de Cintia-Pascuala, maestra co-protagonista de *El caballero encantado*, es decir, la educación como correctora de la política no como su alternativa; socialismo humanista, compendio de amor y justicia, como programa económico donde no cabe el antagonismo de las clases sino su unión o, al menos, su contacto (así lo supo ver el crítico de «El Liberal» en el estreno de *Celia...*); regeneración moral como programa nacional tal como lo desarrolla en sus últimas obras de teatro y necesidad de que surja el «hombre nuevo» que los dirigentes restauracionistas no han sabido ser porque «¡Ay de España si no tuviera entre sus hijos cabezas y manos que sepan poner fin a males tan fieros!»²⁵

En definitiva, busca la superación de los dualismos políticos que son la expresión externa de otro dualismo de base: la distancia existente entre la voluntad moral como expresión de la conciencia amorosa y la legalidad como plano en el que aquella tiene realizarse a nivel social. El final de *Sor Simona* (1915), ambientada en las guerras carlistas, quiere simbolizar, precisamente, esa superación, así como en *Celia en los infiernos*, la caridad se hace justicia o en *El tacaño Salomón* que simboliza en Crucita (Cruz = encuentro) esa unidad. «Crucita es bondadosa, caritativa y, al mismo tiempo, guarda en una hucha sus ahorritos; me conviene. Seremos felices» (p. 1329).

* * *

Cuando Galdós murió al comienzo de 1920, los intelectuales noventa-yochistas se habían olvidado prácticamente de él. Unamuno escribió que «Galdós -ante su muerte hay que decirlo con sinceridad- no sintió lo que llamamos cuestión social, como no lo sintieron nuestros progresistas de 1868 que creían que las heridas de la libertad con libertad se curan; sintió, en cambio, el problema de la libertad de conciencia y de la libertad civil» (...) «El mundo, que pasando por el alma de Galdós nos ha quedado para siempre en su obra de arte, es un mundo sin pasiones ni acciones, que se deja vivir, pero que no hace la vida»²⁶ y bien claro queda que se trata de un juicio injusto. Otros dijeron cosas parecidas; lo cierto es que por su tumba desfilaron miles de obreros madrileños. Ciertamente Galdós pertenece aún a la generación de los escritores, la generación de los intelectuales fue la siguiente, como se sabe, pero estos ontologizaron el problema de España hasta llevarlo a un callejón sin salida cuando Galdós y su generación lo habían dejado en el terreno ético-político donde las soluciones eran viables y el entendimiento posible.

²⁵ B.P.G., *Al pueblo español en CAPDEVILA*, o.c., pág. 232.

²⁶ M. de UNAMUNO, *La sociedad galdosiana en «De esto y aquello», O.C., III*, Madrid, Escelicer, pág. 1204.

